

Treinta y ocho días: Una historia de Gayo Julio César

Fernando A. Neff

Image not found.

Capítulo 1

Mar Egeo, 73 a.C.

Pontifex. Que hermosa palabra. Pontifex.

-Pontifex – Al decirla en voz alta, le sonó incluso aún más hermosa.

A Cayo Julio César se le henchía el pecho de orgullo al pensar que ahora, formaba parte del Colegio de Pontífices, el organismo religioso más importante de la capital del Imperio Romano.

Y por supuesto, de todo el Imperio. De todo el mundo. Agarrado a una cuerda, no podía contener la amplia sonrisa que llenaba su delgado rostro. Los hombres que pasaban cerca y lo conocían de otras ocasiones colgaban brevemente su mirada de él, pues era harto infrecuente verlo sonreír. César se percataba de las miradas, pero no le importaba. Que mirasen. Era su momento de disfrutar su triunfo pero pasaría, no podía relajarse. A su edad, el gran Alejandro Magno, no solo era ya rey, si no que además, había conquistado prácticamente todo el mundo.

De hecho, recordar el nombre del gran héroe macedonio borró la sonrisa de su rostro. Siempre había soñado con superarlo, y ahora se sentía apenas una sombra de él. Julio César a sus 27 años, había conseguido ser Pontifex gracias a la muerte de su tío. Es cierto que gozaba de cierta fama en Roma por los juicios que había ganado y por su cuidada oratoria, pero quería más.

Y allí estaba, a pesar del triunfo logrado, de camino a Rodas para ampliar su formación en retórica y filosofía de la mano de Apolonio Molon. El ego de César no exigía menos: Para ser el mejor, tenía que aprender del mejor.

El ego de César. Delicado sentimiento. Grande como el mismo imperio, en aumento, y sumamente delicado. Su cada vez más obvia ausencia de cabello era dolosa para el mismo, pero sin duda una chiquillada en comparación con las duras campañas en contra de su prestigio que según el mismo había sufrido. Obligado a huir de Roma tiempo ha, rumores sobre un romance con el rey de Bitinia en la campaña en la que estuvo en oriente...

Sí, Cayo Julio César tenía sin duda un buen número de personas entre las que despertaba ciertos rencores, pero eso no lo detendría. Esa gente de todas maneras no tenía en cuenta algo muy importante: Julio César no olvida. Y si algo tenía Julio César claro es que iba a hacer lo que tuviera que hacer para llegar a donde quería: Ser la persona mas importante del

Imperio. De la historia del Imperio.

César parpadeó. Miró alrededor. El barco que lo llevaba a Rodas tenía una escasa tripulación. Tampoco había querido gastarse mucho dinero, lo único que necesitaba el que el viaje fuese rápido; no tenía tiempo que perder. Necesitaba formarse bien, y volver a Roma para continuar con sus propósitos. Sonrió. Aún había muchos enemigos por ganarse.

Se escuchó un grito en cubierta seguido de unas risas. Nada fuera de lo común. César, obviamente no prestó atención. No le interesaba la vida ni el humor de unos marineros cualquiera, sólo quería que hicieran su trabajo rápido y bien, y eso a él no le encajaba con las risas constantes que se escuchaban en cubierta.

El joven Pontifex no sabía cuál era la jerarquía en aquella embarcación y se acercó a la primera persona que vio.

-Eh, tú – El hombre, una persona barbuda y maloliente que aún tenía una sonrisa en los labios la cuál se borró al volverse hacia él y ver su cara de pocos amigos y su tono escasamente amistoso-. ¿Cuánto queda para llegar a Rodas?

-No demasiado, señor – A pesar de la perceptible ironía en la respuesta del marinero, intentó mantener las formas. No sabía quién era ese joven, pero sabía que era alguien de relativa importancia en Roma-. Ahora mismo estamos cerca de Farmacusa, así que no se apure. Pronto estaremos allí.

-Eso espero, no tengo tiempo que perder con tonterías- Julio César se giró para no dar opción a réplica, sin percatarse de que el hombre tampoco tenía mucha intención de replicar a quién él consideraba un joven ricachón insolente.

Cayo Julio César se retiró a sus aposentos y dejó a la tripulación a su aire. Prefería inmiscuirse lo menos posible con esa clase de gente.

Sin las constantes miradas de desaprobación de César, la tripulación pasó el resto del día tranquilamente, esforzándose por llevar a tan poco agradable pasajero a su destino.

La noche, suave y tranquila, como buena noche mediterránea, cayó sobre el mar Egeo, y las aguas parecían aún más calmadas que durante el día.

Cneo, el miembro más joven de la tripulación miraba relajado a las aguas. No estaba seguro, pero apostaría a que veía su reflejo en ellas. Levantó la cabeza hacia el cielo y vio lo que veía todas las noches desde que decidiera tiempo atrás embarcarse con el viejo Tercio y lo demás en busca de una forma honrada de ganarse la vida: un cielo plagado de diminutos puntos blancos, y una delgada línea que ese día era la Luna. Era, francamente una noche oscura, pero no más de lo normal. Era, francamente una noche calma, pero no más de lo normal.

Cneo tenía dificultades para relajarse en la quietud de la cubierta a esa hora de la noche, más de la que normalmente tenía: la suave brisa, la visión del cielo estrellado y el sonido del mar solía ser más que suficiente para que el joven marinero se sumergiese en sus propios pensamientos y pasase rápido la oscura noche. Pero esa noche no, esa noche Cneo no podía evitar sentirse un poco... alerta.

Intranquilo miró un poco alrededor sin ver nada. Siempre había sido un chico intuitivo y eso le había sacado de más de un apuro siendo el pequeño huérfano callejero que había sido en su ciudad natal Tarraco. Tenía una delicada percepción de cuando algo iba bien, y cuando no. Y ese instinto que tan poco fallaba, estaba alerta en esa aparentemente apacible noche de verano en alta mar.

Miró a su alrededor. Estaba sólo en cubierta. Aún algo inquieto, se acercó al borde del barco a respirar tranquilo un rato.

No era consciente de que sería la última vez que lo hacía.

∞

Talastos trepaba sigilosamente por la embarcación romana. Se afanaba, cautelosamente, y con su arma sujeta entre los dientes, por no resbalarse y llegar a la altura a la que habían visto que se había sentado el único miembro de la tripulación presente en cubierta esa oscura noche.

Llevaban todo el día buscando el momento ideal para asaltar aquella embarcación. Les había parecido que iba con prisa, y todo lo que iba con

prisa siempre era importante. Esperaba conseguir, por fin, un botín suficiente para mantener a sus hombres contentos.

Últimamente las cosas no habían ido muy bien para Talastos y sus hombres. Apenas asaltaban pequeñas embarcaciones con recursos mínimos para subsistir en su enclave en la isla de Farmacusa, y aquello inquietaba a aquellos bajo su mando, que habían confiado en su promesa de una vida opulenta como piratas.

Sí, Talastos necesitaba encontrar algo con lo que llenar sus bolsillos y con lo que asegurarse el liderazgo. Tenía que ser ese día. Tenía que ser ese barco.

Llegó al borde de la barandilla y vio perfectamente la espalda del hombre. Era muy joven, apenas un chaval, pero poco le importaba eso a Talastos. A pesar de que las inclemencias de la vida que llevaba le hacía no parecerlo, él tampoco era mucho mayor que aquel joven al que estaba a punto de quitarle la vida.

Con un movimiento ágil Talastos saltó detrás del muchacho, y antes de que este pudiera emitir si quiera un sonido, cortó profundamente su cuello con el gran cuchillo que había transportado entre sus dientes. Antes de que el cadáver del que, aunque Talastos lo ignorase, era el joven Cneo, tocara el suelo, Talastos lo sujetó para que no hiciese ruido al caer y lo depositó con suavidad. Tras asegurarse de que nadie lo había visto, se acercó a la barandilla e hizo señas a sus hombres que esperaban en un bote pegado al barco, oculto entre las sombras que este mismo creaba. Diecinueve hombres más subieron con un sigilo extremo. Casi cien más esperaban en la isla de Farmacusa, perfectamente visible desde donde estaba ubicado el barco.

Hizo una señal a todos sus hombres que entendieron a la perfección: El secuestro del barco romano había empezado.